

de todo lo demás. Por un senatus-consulto se concedió el triunfo al dictador.

Pretenden algunos escritores que pusieron fin á esta guerra los cónsules, que fueron los únicos que triunfaron de los samnitas, y que Fabio avanzó en la Apulia, de donde trajo inmenso botín. Convienen en que Cornelio fué dictador aquel año; dudándose solamente si fué nombrado para dirigir la guerra ó para presidir los juegos romanos, en lugar del pretor L. Plaucio, gravemente enfermo entonces, y dar en ellos la señal á las cuadrigas (1), y si fué después de desempeñar estas funciones, pero á propósito para hacer memorable su magistratura, cuando abdicó la dictadura. No es fácil preferir un hecho á otro, ni un escritor á otro escritor. Estoy persuadido de que los elogios fúnebres y las falsas inscripciones de las imágenes han alterado los recuerdos del pasado, porque cada familia quiere, con ayuda de falsedades y artificios, atraerse toda la gloria de las hazañas y de las magistraturas. De aquí nace la confusión en los hechos de cada uno y en los monumentos públicos de la historia. De esta época no nos queda ningún escritor cuyo testimonio sea bastante seguro.

(1) Esta señal la daban siempre los primeros magistrados: más adelante se verá que la daba el cónsul. Bajo el imperio se reservó á los emperadores este privilegio.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

de todo lo demás. Por un senatus-consulto se concedió el triunfo al dictador.

Pretenden algunos escritores que pusieron fin á esta guerra los cónsules, que fueron los únicos que triunfaron de los samnitas, y que Fabio avanzó en la Apulia, de donde trajo inmenso botín. Convienen en que Cornelio fué dictador aquel año; dudándose solamente si fué nombrado para dirigir la guerra ó para presidir los juegos romanos, en lugar del pretor L. Plaucio, gravemente enfermo entonces, y dar en ellos la señal á las cuadrigas (1), y si fué después de desempeñar estas funciones, pero á propósito para hacer memorable su magistratura, cuando abdicó la dictadura. No es fácil preferir un hecho á otro, ni un escritor á otro escritor. Estoy persuadido de que los elogios fúnebres y las falsas inscripciones de las imágenes han alterado los recuerdos del pasado, porque cada familia quiere, con ayuda de falsedades y artificios, atraerse toda la gloria de las hazañas y de las magistraturas. De aquí nace la confusión en los hechos de cada uno y en los monumentos públicos de la historia. De esta época no nos queda ningún escritor cuyo testimonio sea bastante seguro.

LIBRO NOVENO.

SUMARIO.

Los cónsules T. Veturio y Sp. Postumio comprometen el ejército en las Horcas Caudinas.—Pasa el ejército romano bajo el yugo de los samnitas.—Proposición de Sp. Postumio al Senado.—Entrega á los samnitas de todos los firmantes del tratado de paz.—Negativa de los samnitas á recibirlos.—Papirio Cursor derrota y hace pasar bajo el yugo á los samnitas.—Creación de las tribus Ufentina y Valerina.—Colonias enviadas á Suesa y Pontioja.—Censura de Ap. Claudio.—Triunfos de los romanos contra los apulios, etruscos, umbrios, marsos, pelignos, equos y samnitas.—Edilidad curul de Flavio.—Turbulencias en los comicios y asambleas del Campo de Marte.—Censura de Q. Fabio; recibe el epiteto de Máximo.—Mención de Alejandro.—Paralelo de su poder con el de los romanos.

Al año siguiente celebróse la paz de Caudio, famosa por la derrota de los romanos bajo el consulado de T. Veturio Calvino y de Sp. Postumio. Aquel año tenían los samnitas por general á C. Poncio, hijo de Herennio, nacido de padre muy hábil y colocado él mismo en primera fila como guerrero y como general. Cuando los legados enviados para dar satisfacción á los romanos regresaron sin haber concluído la paz, dijo á sus con-

ciudadanos: «No creáis infructuosa esta legación; porque por ella se ha aplacado el enojo del cielo contra nosotros por la ruptura del tratado. Persuadido estoy de que las divinidades, cualesquiera que sean, que han querido reducirnos á la necesidad de dar satisfacción según los términos del tratado, no han quedado satisfechas de que los romanos rechacen con tanta altivez la reparación ofrecida. ¿Y qué más podía hacerse para aplacar á los dioses y calmar á los hombres que lo que hemos hecho? Hemos devuelto el botín cogido al enemigo y que parecía pertenecernos por derecho de guerra; á los autores de ésta, no pudiendo entregarlos vivos, los hemos entregado muertos; hemos llevado á Roma sus mismos bienes, para que nada contaminado con su crimen quedase en nuestras manos. ¿Qué más te debo, romano; qué más debo al tratado y á los dioses garantes del mismo? Cualquiera que sea el juez del tu animosidad, pueblo ó simple particular, no lo rehúso. Que si la debilidad luchando contra el poder nada puede esperar de la justicia de los hombres, apelaré al menos á los dioses vengadores de tan insoportable orgullo y les conjuraré para que vuelvan su cólera contra aquellos á quienes no puede satisfacerse, ni devolviéndoles lo que les pertenece, ni colmando la medida con todo lo que pertenece á los demás; cuya crueldad no puede quedar satisfecha ni con la muerte de los culpables, ni con el abandono que se les ha hecho de sus cadáveres, ni con el sacrificio de sus bienes que les entregan sus dueños; que no podríamos calmar sino dándoles nuestra sangre á beber y nuestras vísceras á desgarrar. Samnitas, la guerra es justa cuando es necesaria; y las armas son inocentes cuando no queda otra esperanza que las armas. Así, puesto que lo que importa más en las cosas humanas es tener á los dioses propicios ó adversos, considerad como cierto que si las

guerras anteriores las habéis hecho más contra los dioses que contra los hombres, la que os amenaza la haréis bajo la dirección misma de los dioses.

«Después de estas palabras, que eran feliz augurio y justa predicción, parte con el ejército y marcha lo más secretamente posible á acampar en las cercanías de Caudío. Desde allí envía á Calacia, donde sabía que estaban acampados los cónsules romanos, diez soldados disfrazados de pastores, recomendándoles que lleven sus rebaños por diferentes lados á pastar á corta distancia de los puestos romanos; y que cuando caigan en poder de los merodeadores, digan todos: «Que las legiones de los samnitas están en la Apulia; que han puesto sitio á Luceria con todas sus fuerzas, y que están al punto de tomarla por asalto.» Este rumor, difundido de intento, había llegado á los romanos, y los prisioneros lo hicieron tanto más verosímil, cuanto que su lenguaje estaba de acuerdo. No era dudoso que los romanos debían socorrer á los lucerinos, que eran buenos y fieles aliados; pudiendo temerse además que, asustada la Apulia con el peligro presente, pasase toda entera al enemigo. Así, pues, solamente se deliberó acerca del camino que debía seguirse: dos llevaban á Luceria; uno que seguía la costa del mar superior, llano y despejado, pero más largo en proporción de lo más seguro que era; y el otro más corto, por las Horcas Caudinas, que este paraje es como sigue: dos desfiladeros profundos, muy estrechos, cubiertos de bosques y reunidos por una cadena de montañas. Entre estos dos desfiladeros se extiende una llanura pequeña, bastante descubierta, cerrada en derredor por el bosque, cubierta de vegetación y de agua y cruzándola por el centro el camino. Pero antes de llegar á ella es necesario recorrer la primera garganta, y entonces puede elegirse entre retroceder para regresar por el mismo camino, ó si se quiere

continuar, salir por la otra garganta más estrecha aún y más difícil que la primera. Ahora bien; á esta llanura habían bajado los romanos por una roca hueca de una de las gargantas, y en el acto se dirigieron á la segunda, pero la encontraron cerrada por árboles cortados y enormes masas de rocas. Apenas habían reconocido el ardid del enemigo, vieron un cuerpo de tropas en las alturas del desfiladero. Apresúranse á retroceder para ganar el primer paso y lo encuentran cerrado por iguales obstáculos y fuerzas samnitas. Al ver esto, se detienen sin que nadie hubiese dado la orden; todos están estupefactos y sus miembros extraordinariamente entorpecidos. Míranse fijamente unos á otros, creyendo cada cual que encontrará en el otro más fuerza de ánimo y más recursos y quedando por largo tiempo inmóviles y silenciosos. Cuando vieron levantar las tiendas de los cónsules y dedicarse algunos á los preparativos necesarios de campamento, aunque comprendían que iban á exponerse á las burlas del enemigo trabajando para fortificarse en una posición tan espantosa en que estaba perdida hasta la esperanza, sin embargo, por no añadir culpa á la desgracia, cada cual por su lado, sin que nadie le exhorte ni le mande, pone mano á la obra. Establecen cerca de los manantiales un campamento fortificado, al mismo tiempo que con dolorosa ironía confiesan ellos mismos la inutilidad de sus defensas y de sus esfuerzos, objeto de amargas burlas del enemigo. Abatidos los cónsules, ni siquiera pensaban en convocar consejo, porque en aquella posición no podían pedir consejo ni socorro; los legados y tribunos van espontáneamente á verles; y los soldados, con los ojos fijos en la tienda de los cónsules, parece que piden á sus jefes un auxilio que apenas podrían prestarles los dioses inmortales.

Quejándose más que deliberando estaban cuando les

sorprendió la noche. Con impaciencia decían, cada cual según su carácter, unos: «Avancemos á pesar de todos los obstáculos del camino;» otros: «Escalemos esos montes, erucemos esos bosques, marchemos por donde podamos avanzar con las armas. Lleguemos solamente hasta ese enemigo que estamos batiendo hace cerca de treinta años, y todo se allanará, todo será fácil para el romano combatiendo con el pérfido samnita;» otros: «¿Dónde y por dónde iremos? ¿podemos arrancar de su asiento esas montañas? Mientras tengamos delante esas alturas, ¿por donde llegaremos hasta el enemigo? Armados ó sin armas, valientes ó cabardes, todos igualmente nos encontramos encerrados; estamos vencidos. El enemigo ni siquiera nos presentará el hierro para que tengamos una muerte honrosa; sin moverse de su puesto terminará la guerra.» En tales conversaciones, sin que nadie pensara en tomar alimento ó descanso, pasaron la noche. Los samnitas por su parte no sabían cómo aprovechar aquel inmenso triunfo, decidiendo escribir para consultarle á Herennio Poncio, padre de su general. Este anciano, abrumado por los años, había renunciado, no solamente á las empresas militares, sino que también á las funciones civiles; sin embargo, en aquel cuerpo debilitado por la edad, existía aún sumo vigor de espíritu y de juicio. Cuando supo por el mensaje de su hijo que los ejércitos romanos estaban encerrados en las Horcas Caudinas entre las dos gargantas, opinó que se les debía dejar salir á todos en el acto sin tratarles como vencidos. No aceptaron el consejo y le consultaron de nuevo, enviándole el mismo mensajero; entonces dijo que les exterminara hasta el último. Al recibir estas dos contestaciones tan opuestas y que parecían tener la ambigüedad de los oráculos, su hijo, aunque uno de los primeros en pensar que la edad había envejecido á la vez el cuerpo y el espíritu de su padre, no

dejó de ceder al deseo general, haciendo venir al consejo al mismo anciano, que no vaciló en acudir al campamento, al que llegó, según dicen, llevado en un carro, y llamado al consejo, habló en él casi de la misma manera, sin cambiar en nada su opinión, añadiendo solamente estas razones: «Por el primer consejo, que creía el mejor, asegurarían para siempre por un gran beneficio la paz y amistad con una nación poderosa; por el segundo aplazarían la guerra para muchas generaciones, teniendo apenas los romanos bastante tiempo para reparar sus fuerzas, después de la pérdida de dos ejércitos completos; en cuanto á un término medio, no lo encontraba.» Su hijo y los otros jefes insistían preguntándole «si no podía adoptarse el medio de dejar salir sanos y salvos á los enemigos, imponiéndoles las leyes que el derecho de la guerra permite imponer á los vencidos.» «Ese medio, contestó, no puede granjearos su amistad ni libraros de su odio. Si les dejáis la vida después de irritarles con un ultraje, tal es el carácter de los romanos, que no pueden permanecer tranquilos después de una derrota. En sus corazones vivirá siempre el recuerdo de todo lo que la necesidad les haya hecho sufrir de humillante en esta circunstancia; y este recuerdo no les dejará reposar hasta que se hayan vengado muchas veces de vosotros.

No se aceptó ninguna de las dos opiniones del anciano, que dejó el campamento, siendo llevado á su casa. Entretanto, los romanos habían hecho numerosas é inútiles tentativas para escapar, y comenzaban á carecer de todo. Vencidos al fin por la necesidad, envían legados con la misión de pedir primeramente una paz honrosa, y si no podían conseguirla, provocar al enemigo al combate. Poncio contestó: «Que la guerra estaba terminada, y si vencidos y prisioneros no sabían confesar su posición, les haría pasar bajo el yugo, desarmados y

con una sola prenda de ropa; y que las otras condiciones de la paz serían iguales entre vencedores y vencidos; que si los romanos evacuaban el territorio samnita y retiraban las colonias, en adelante vivirían independientes las dos naciones, cada una según sus leyes, con arreglo á un tratado basado en la justicia; que con estas condiciones estaba dispuesto á tratar con los cónsules; que en el caso de no aceptarse todas, prohibía á los legados se le presentaran otra vez.» En cuanto se conoció el resultado de esta legación, por todas partes brotaron tristes gemidos; no habría sido menos profunda la consternación, si les hubiesen anunciado que todos iban á morir donde se encontraban. Después de largo silencio, y como los cónsules no se atrevían á hablar ni en favor de un tratado tan vergonzoso ni contra un tratado tan necesario, L. Léntulo, que entonces era primer legado por su mérito y por los honores á que había sido elevado, dijo: «Cónsules, frecuentemente oí decir á mi padre que en el Capitolio fué el único de los senadores que no opinó se rescatare con oro la ciudad del poder de los galos, cuando ni fosos ni empalizadas separaban á los romanos de un enemigo que despreciaba el trabajo de fortificarse, y cuando les era posible abrirse paso por medio de sus filas, no sin gran peligro, pero al menos sin destrucción cierta; si, como los romanos de entonces pudieron caer desde el Capitolio sobre el enemigo con las armas en la mano, y como muchas veces los sitiados han podido hacerlo sobre los sitiadores, pudiésemos solamente nosotros venir á las manos con el enemigo en buena ó mala posición, no me faltaría el carácter de mi padre para dar el consejo. Verdad es, lo confieso, que es hermoso morir por la patria, y dispuesto estoy, sea á sacrificarme por el pueblo romano y sus legiones, sea á precipitarme en medio de los enemigos. Pero aquí veo la patria; aquí veo cuanto hay de legio-

nes romanas; y si estas legiones no quieren por sí mismas correr á la muerte, con esa muerte ¿qué van á conservar? Diráse que las casas de la ciudad, sus murallas y esa multitud que compone los habitantes de Roma. Pero ¿no es entregarlos, y no salvarlos, sacrificar este ejército? Porque ¿quién les defenderá? ¿Acaso esa multitud endeble, incapaz de servirse de las armas? Sí; como les defendió contra el ataque de los galos. ¿Irán á pedir suplicando un ejército á los veyos y un Camilo para jefe? Aquí están todas nuestras esperanzas y todas nuestras fuerzas; conservarlas, es conservar la patria; sacrificarlas, es abandonar y hacer traición á la patria. Pero esa capitulación es vergonzosa, es humillante. Tan grande, sin embargo, es el amor á la patria, que exige la salvemos á costa de nuestro honor, si es necesario, como con peligro de la vida. Suframos, pues, esa humillación, sea la que quiera, y cedamos á la necesidad que los dioses mismos no podrían evitar. ¡Adelante, cónsules, rescatad con nuestras armas esa ciudad que vuestros mayores rescataron con su oro!»

Los cónsules marcharon á conferenciar con Poncio, y como el vencedor insistía sobre la necesidad de un tratado, dijéronle que el tratado no podía concluirse sin la autoridad del pueblo, sin los faciales y las demás solemnidades religiosas. Así, pues, la paz no se hizo como generalmente se cree y como refiere también Claudio, con un tratado, sino con la promesa de un tratado. En efecto, ¿qué necesidad había de cauciones y rehenes en un tratado consagrado por estas imprecaciones? «Que el pueblo que quebrante las condiciones ajustadas caiga bajo los golpes de Júpiter, como los cerdos bajo los de los faciales.» Prestaron caución los cónsules, los legados, los cuestores y los tribunos militares; y los nombres de todos los que garantizaron la capitulación constan en el acta, mientras que si hubiesen ajustado un

tratado, no se encontrarían en él más que los de los faciales. Y á causa de las dilaciones que necesariamente había de imponer la conclusión de un tratado, se exigió además seiscientos rehenes tomados de entre los caballeros, que debían pagar con su cabeza la infracción del tratado. Fijóse en seguida el momento en que habrían de entregarse los rehenes, y en el que el ejército desarmado había de pasar bajo el yugo. El regreso de los cónsules reprodujo la desolación en el campamento, hasta el punto que costó trabajo á los soldados no poner la mano sobre aquellos cuya imprudencia les había llevado á aquel paraje y cuya cobardía les iba á hacer salir más vergonzosamente que habían entrado. Censuranles no haber tomado guía, no haber mandado reconocer el terreno, haberse precipitado ciegamente en un foso como las fieras; míranse unos á otros, contemplan aquellas armas que entregarán muy pronto, aquellos brazos que en breve serán desarmados, aquellos cuerpos que quedarán á merced del enemigo; representanse el yugo bajo el que los hará pasar el enemigo, las bueltas del vencedor, su insultante altivez, aquel paso de hombres desarmados en medio de gentes armadas; después, aquella deplorable marcha de soldados deshonrados atravesando las ciudades aliadas para volver á su patria, á sus familias, donde tantas veces sus padres y ellos mismos habían regresado triunfantes. «Ellos solos han sido vencidos sin heridas, sin hierro, sin combate; ellos solos no han desenvainado la espada, no han podido luchar con el enemigo; en vano les han dado armas, fuerzas y valor.» Cuando murmuraban estas quejas llegó el momento fatal de la ignominia, que todo había de hacérselo ver más espantoso que habían imaginado. En primer lugar, se les mandó salir de las empalizadas con un solo vestido y sin armas, entregándose primeramente los rehenes y llevándolos aprisionados; en

seguida llegó su turno á los cónsules, á quienes se quitó el manto (1), y cuyos lictores fueron despedidos. Al ver esto, aquellos mismos que pocos momentos antes los execraban, querían sacrificarlos y destrozarlos, quedaron tan penetrados de compasión, que cada uno, olvidando su propia desgracia, apartó la vista de aquella degradación de tan suprema majestad como de nefando espectáculo.

Los primeros que pasaron bajo el yugo fueron los cónsules, casi desnudos; después cada jefe según su grado sufrió á su vez esta ignominia; en seguida cada legión, una tras otra. Formados y armados los enemigos en derredor de los romanos, los abrumaban con insultos y burlas; hasta se alzaron espadas sobre el mayor número, y muchos fueron muertos ó heridos por haber ofendido al vencedor, revelando demasiado en el rostro la indignación que los causaba tanta injuria. Así inclinaron la cabeza bajo el yugo, y lo que en cierto modo era más cruel, á la vista del enemigo. Cuando hubieron salido de la garganta, aunque arrancados, por decirlo así, de los infiernos, parecían que veían la luz por primera vez; pero aquella misma luz, poniendo al desnudo toda la ignominia de aquella marcha, los fué más insoportable que la muerte. Hubiesen podido llegar á Capua antes de la noche, pero poco seguros de la fidelidad de sus aliados, y retenidos también por la vergüenza, se detuvieron en las cercanías, á cierta distancia de la ciudad, careciendo de todo y no teniendo más lecho que la tierra. Cuando se enteraron del caso en Capua, justa compasión por los aliados vencidos en el corazón de los capuanos su insensibilidad natural. En seguida enviaron á los cónsules las insignias

(1) El manto de los generales era de color escarlata bordado de púrpura.

de su dignidad, faciales y lictores, y á los soldados armas, caballos, ropas y víveres. Al llegar los romanos á Capua salieron á recibirlos el Senado y todo el pueblo, particulares y magistrados, todos, en fin, cumplieron con ellos los deberes de justa hospitalidad. Pero ni la afable acogida de los aliados, ni su bondad, ni sus cariñosas exhortaciones pudieron arrancarlos una sola palabra, ni siquiera hacerlos levantar la vista y mirar á la cara á aquellos amigos que querían consolarlos: tan poderoso era en ellos, además del dolor, cierto sentimiento de confusión que los hacía huir toda conversación y la sociedad de los hombres. Cuando á la mañana siguiente partieron de Capua, algunos jóvenes nobles recibieron encargo de acompañarlos hasta las fronteras de Campania. A su regreso, llamados al Senado, contestaron á los más ancianos: «Que les habían parecido los romanos demasiado tristes y abatidos; que durante su marcha habían estado silenciosos y casi mudos. En su opinión, el carácter romano había concluído; les habían arrebatado el valor con las armas; no devolvían el saludo ni dirigían una palabra á los que los saludaban; parecían tan asustados, que no podían desplegar los labios, como si les pesase todavía sobre el cuello el yugo bajo el cual habían pasado. Los samnitas habían conseguido una victoria brillante que les aseguraba el porvenir, porque habían reducido, no la ciudad, como los galos, sino lo que era mucho más decisivo, el valor y la altivez de los romanos.»

«Cuando tales cosas se decían y oían, y se deploraba en aquel Senado de aliados fieles casi la extinción del nombre romano, Ofilio Calavio, hijo de Ovio, ilustre por su cuna y por sus hazañas, venerable por su edad, dijo que no pensaba de aquella manera en cuanto á los romanos: «Ese obstinado silencio, esos ojos fijos en tierra, esos oídos sordos á todo consuelo, esa vergüenza

de ver la luz, son, á su entender, otros tantos indicios de un hacinamiento de odios aglomerados en su ánimo. O conoce mal el carácter romano, ó ese silencio arrancará muy pronto á los samnitas gritos de dolor y amargas lágrimas; el recuerdo de la paz de Caudío será más cruel para ellos que para los romanos; porque el romano tendría siempre consigo su valor, pero los samnitas no tendrán en todas partes Horcas Caudinas.» En Roma se conocía ya este vergonzoso desastre. Súpose primeramente que los ejércitos estaban envueltos; después se tuvo noticia de aquella paz ignominiosa, y esta nueva produjo más consternación que la del peligro. Al primer rumor de que el ejército estaba rodeado, comenzaron á hacer levas; pero cuando se conoció aquella bochornosa capitulación, se renunció á los preparativos y á toda idea de socorro; y en el acto, sin la intervención de la autoridad pública y de común acuerdo, apareció luto general. Cerráronse las tiendas en el Foro; por sí misma se estableció la vacación de negocios sin haber sido proclamada; despojáronse de las lacticlavias y de los anillos de oro (1), y la desolación de la ciudad casi sobrepujaba á la del ejército. No estaban irritados solamente contra los generales y contra aquellos que habian aconsejado ó garantizado la paz; miraban mal hasta á los mismos soldados, aunque inocentes, hablándose de negarles la entrada en la ciudad y en sus mismas casas. La fermentación calmó á la vista de aquel ejército digno de la compasión hasta de los más irritados; porque no con la alegría de hombres que regresan sanos y salvos á su patria, sino con el aspecto de desgraciados cautivos se presentaron en Roma, de noche y corriendo á ocultarse en sus casas; de manera

(1) El derecho de llevar anillo de oro perteneció primeramente á los senadores, extendiéndose después á los caballeros.

que ni á la mañana siguiente, ni en los días sucesivos ninguno quiso presentarse en el Foro ó en público. Encerrándose los cónsules en la vida privada, no realizaron ningún acto de su magistratura; ordenóseles, sin embargo, por un senatus-consulto que nombrasen dictador para la celebración de los comicios, y eligieron á Q. Fabio Ambusto, siendo P. Elio Peto el jefe de los caballeros; pero resultando viciosa la elección, se les sustituyó con M. Emilio Papo al dictador, y con L. Valerio Flaco al jefe de los caballeros. Tampoco reunieron éstos los comicios, y como el pueblo estaba disgustado de todos los magistrados de aquel año, pasóse á un interregno. Fueron inter-reyes Q. Fabio Máximo y M. Valerio Corvo, quien nombró cónsules á Q. Publilio Filo y á L. Papirio Cursor por segunda vez, elección aprobada por todos los ciudadanos, siendo incontestablemente aquellos dos varones los generales más ilustres de su tiempo.

En el mismo día de su creación entraron en funciones (el Senado lo había dispuesto así); y una vez terminadas las ceremonias religiosas, se deliberó acerca de la paz de Caudío. Publilio, que tenía los haces, dijo entonces á Postumio: «Habla, Sp. Postumio.» Levantóse éste en seguida, y con igual tristeza que pasó bajo el yugo, dijo: «No ignoro, ¡oh cónsules! que es para humillarme y no para ensalzarme por lo que se me ordena que me levante y hable el primero, no como senador, sino como culpable á la vez de una guerra desgraciada y de una paz ignominiosa. Sin embargo, como no habéis hablado de nuestro delito ni de nuestro castigo, voy, absteniéndome de una justificación, que no sería muy difícil ante hombres que conocen los destinos y las necesidades humanas, á exponer brevemente mi parecer acerca del objeto de vuestra deliberación. Esta opinión demostrará si por libertarme yo ó por libertar

vuestras legiones me ligué con una promesa tan vergonzosa como necesaria: sea como quiera, esta promesa hecha sin orden del pueblo, no le obliga en manera alguna; y hasta por la promesa misma nada se debe á los samnitas á excepción de nuestras personas. Que nos entreguen desnudos y encadenados los faciales; libérenos la conciencia del pueblo si la hemos ligado de alguna manera; que nada divino ó humano os impida comenzar de nuevo una guerra justa é intachable. Entretanto, vuestros cónsules pueden hacer levás, equiparlas y ponerlas en campaña; pero es necesario no pisar el territorio enemigo antes de realizar todas las formalidades necesarias para entregar nuestras personas. Y á vosotros, dioses inmortales, yo suplico y ruego que si no habéis querido que los cónsules Sp. Postumio y T. Veturio fuesen afortunados en la guerra con los samnitas, que al menos os baste habernos visto pasar bajo el yugo, ligados por una promesa vergonzosa y habernos visto entregados al enemigo, desnudos, encadenados y recibiendo sobre nuestras cabezas todo el peso de su cólera. Permitid que los nuevos cónsules y las legiones romanas hagan con los samnitas una guerra tan afortunada como todas las que se han hecho antes de nuestro consulado.» Tanta admiración y tanta compasión excitaron estas palabras en la asamblea, que apenas podía creerse fuese el mismo Sp. Postumio el autor de una paz tan vergonzosa, y se deploraba amargamente que un hombre como aquel, entregado en manos de un enemigo irritado, hubiese de ser el primero que sufriese el castigo por la ruptura de la paz. Pero, aunque colmándolo de justos elogios, limitábase á opinar como él, haciendo ligera tentativa de oposición los tribunos L. Livio y Q. Melio. «No se libertaba la conciencia del pueblo entregando sus personas, á menos que, en lo referente á los samnitas, no se restable-

ciese todo en el estado en que estaba antes de la paz de Caudio; y no merecen ser castigados por haber salvado al ejército del pueblo romano, al prestarse como garantía de la paz; en fin, no podían ser entregados al enemigo, ni expuestos á ultraje por la inviolabilidad de que gozaban.»

Postumio replicó: «Entregadnos, sin embargo; somos profanos y podéis entregarnos sin atentado á la religión; más adelante entregaréis estos varones inviolables, en seguida que dejen de ejercer el cargo; pero si queréis escucharme, hacedles antes azotar con varas en los comicios, para que paguen de esta manera el aplazamiento del castigo. Porque, en cuanto á lo que dicen de que no se liberta la conciencia del pueblo romano al entregarnos, ¿acaso hay aquí alguno tan ignorante de la legislación de los faciales que no comprenda que les inspira ese lenguaje el temor de verse entregados más que el convencimiento de lo que dicen? No es que niegue yo, padres conscriptos, que las promesas son tan sagradas como los tratados para aquel que respeta tanto la buena fe entre los hombres como la religión; pero niego que, sin el consentimiento del pueblo, pueda hacerse algo que obligue al pueblo. Si con la misma altivez con que los samnitas nos arrancaron esta promesa nos hubiesen hecho pronunciar las palabras sagradas con que se rinden las ciudades, ¿diríais vosotros, oh tribunos! que el pueblo romano se había rendido, que esta ciudad, sus templos, sus altares, que esta tierra, estas aguas pertenecían á los samnitas? Pero ¿á qué hablar de cesión, cuando se trata de una promesa? ¿Qué sucedería si hubiésemos prometido que el pueblo romano abandonaría esta ciudad? ¿que la incendiaría? ¿que no tendría en adelante magistrados, Senado ni leyes? ¿que obedecería á reyes? ¡No lo quieran los dioses! decís; pero la indignidad de las condiciones no destru-

ye los lazos de la obligación. Si hay un punto, acerca del cual puede quedar ligado el pueblo, puede quedarlo en todos; y no importa tampoco, aunque esto puede impresionar á algunos, que sea cónsul, dictador ó pretor el que haya salido garante. Los mismos samnitas lo comprendieron así cuando no se contentaron con la palabra de los cónsules y exigieron la de los legados, los cuestores y los tribunos militares. Y no se me pregunte ahora por qué me comprometí de esta manera, cuando aquel acto excedía de las facultades del cónsul, puesto que no podía garantizarles la paz ni en mi nombre ni en el vuestro, no teniendo de vosotros orden para ello. Padres conscriptos, nada de lo acontecido en Caudio lo ha sido por voluntad humana. Los dioses inmortales cegaron á vuestros generales y á los de vuestros enemigos. A nosotros nos faltó previsión en la guerra; y aquellos, la victoria que ganaron tan mal, la inutilizaron torpemente, contando muy poco con los parajes que les hicieron vencer, y apresurándose á arrancar á toda costa las armas á hombres nacidos para ellas. Si no hubiesen estado tan obcecados, ¿tan difícil les era, mientras hacían traer de su ciudad ancianos para consultarles, enviar legados á Roma? ¿hacer con el Senado y el pueblo un tratado de paz y alianza? Apresurándose, con tres días de marcha tenían bastante. Entretanto podía haberse celebrado un armisticio hasta el regreso de los legados, que les habrían traído de Roma una victoria cierta ó la paz. Entonces hubiese sido compromiso verdaderamente obligatorio el que contrásemos por orden del pueblo. Pero ni vosotros habríais soportado semejante compromiso, ni nosotros lo habríamos contraído. Las cosas no debían tener otro desenlace: menester era que los samnitas fuesen como juguete de un sueño demasiado hermoso para que sus ánimos pudieran soportar la embriaguez; que la misma

fortuna que llevó á nuestro ejército á un lazo, le mantuviese en él; que una victoria vana fuese completamente inútil por una paz más vana todavía; que de todo ello no quedase más que una promesa que no obligase más que á los que la garantizaban. En efecto: ¿qué tratado, padres conscriptos, han ajustado con vosotros ó con el pueblo romano? ¿Quién puede decirse engañado por vosotros? ¿el enemigo ó el ciudadano? Al enemigo nada le habéis prometido; al ciudadano, á nadie habéis encargado que prometa por vosotros. Nada tenéis que debatir, ni con nosotros, porque nada nos habíais ordenado, ni con los samnitas, con quienes nada habíais tratado. Los samnitas no tienen otros garantes que nosotros; garantes hartó solventes en lo que nos toca y que podemos entregar nuestras personas y nuestra vida: en ellas deben vengarse, contra ellas deben aguzar sus espadas y encender el fuego de su ira. Por lo que atañe á los tribunos, ved si podéis entregarlos ahora ó si es necesario aplazamiento: nosotros entretanto, T. Veturio y los demás que participáis de nuestra suerte, para libérrar nuestra palabra, vamos á llevar al enemigo estas cabezas, que tan poco valen, y por nuestro suplicio devolvamos la libertad á las armas romanas.

Este debate y su autor conmovieron á los padres conscriptos, á todos los demás y á los mismos tribunos, que declararon estaban á la disposición del Senado. En el acto abdicaron y fueron entregados á los faciales para que los llevasen con los otros á Caudio. Una vez dado este senatus consulto pareció que Roma renacía á la luz. Todos repetían el nombre de Postumio, se le alababa, se le subía al cielo, se comparaba su abnegación con la del cónsul P. Decio y con todas las hazañas célebres: Roma se había levantado de una paz humillante por sus cónsules y sus esfuerzos. Él mismo iba á ofrecerse á los suplicios, á la cólera del enemigo como víctima

expiatoria del pueblo romano. Una sola idea dominaba los ánimos: las armas y la guerra. «¿Se presentará pronto la ocasión de encontrarse con los samnitas en el campo de batalla? En la ciudad, en medio de aquellos arrebatos de cólera y odio, casi todos los alistamientos fueron voluntarios; los mismos soldados formaron las nuevas legiones, y el ejército se dirigió á Caudío. Los faciales, que se habían adelantado, en cuanto llegaron á las puertas del campamento enemigo mandaron despojar de sus vestidos á los garantes de la paz y atarles las manos á la espalda. Como el aparitor, por respetos á la dignidad de Postumio apenas le apretaba, «¿por qué no aprietas la correa, le dijo éste, para que sea entregado como debo serlo?» Cuando llegó á la asamblea de los samnitas y ante el tribunal de Poncio, el facial A. Cornelio Arvina habló de esta manera: «Puesto que estos hombres, sin orden del pueblo romano de los caballeros, han prometido que se ajustaría un tratado de paz, y por esto se han hecho culpables de un delito, para que el pueblo no tenga que responder de un crimen impío, os entrego estos hombres.» Cuando ya el facial pronunciaba estas últimas palabras, Postumio le dió con toda su fuerza un rodillazo en el muslo y le dijo en alta voz «que él mismo era un ciudadano samnita, y el facial un embajador; que había violado el derecho de gentes en la persona del facial, por lo cual los romanos harían la guerra con mayor razón.»

Poncio contestó: «Y yo no acepto esas satisfacciones, como tampoco las aceptarán los samnitas. ¿Por qué, Sp. Postumio, si crees que existen dioses, por qué no declaras nulo todo lo que se ha hecho, ó cumples nuestros acuerdos? Se le deben al pueblo samnita todos los que ha tenido en su poder, ó en su defecto la paz. Mas ¿por qué he de dirigirme á ti, que vienes con la buena fe que te es posible, á entregarte prisionero al vence-

dor? Me dirijo al pueblo romano: si se arrepiente del compromiso contraído en las Horcas Caudinas, que ponga sus legiones en las gargantas donde las teníamos encerradas. Nada de sorpresas por ningún lado: téngase todo por no habido: que vuestros soldados recobren las armas que nos entregaron por una capitulación; que vuelvan á su campamento; que tengan todo lo que tenían la víspera de la conferencia. Que se decidan entonces por la guerra, por las viriles resoluciones; que se rechace toda idea de capitulación y de paz. Hagamos la guerra con las mismas probabilidades, en los mismos parajes que antes de las proposiciones de paz; y que el pueblo romano no acuse más las promesas de los cónsules que nosotros la buena fe del pueblo romano. ¿No carecéis jamás de pretextos para no cumplir vuestros compromisos cuando os encontréis vencidos? Entregasteis rehenes á Porsena y se los arrebatasteis por astucia; rescatasteis con oro vuestra ciudad de manos de los galos, y fueron exterminados cuando recibían el oro. Habéis ajustado con nosotros una paz para que os devolviésemos vuestras legiones prisioneras, y anuláis esa paz cubriendo siempre vuestras perfidias con alguna apariencia de justicia. ¿No aprueba el pueblo romano que se le hayan devuelto sus legiones por una paz ignominiosa? Pues que no apruebe esa paz; pero en ese caso que devuelva al vencedor las legiones prisioneras: esto era lo digno de la buena fe, de los tratados y de las ceremonias faciales. ¿Obtendréis por un tratado lo que deseabais, la vida de tantos ciudadanos, y yo no conseguiré esa paz que he estipulado al devolvéroslos sanos y salvos? ¿Es este, A. Cornelio, es este, facial, el derecho que enseñáis á las naciones? Por mi parte no recibo esos que entregáis para salvar las apariencias; no los considero como entregados, y no les impido regresar á su patria ligados por el compro-

miso contraído, para que arrosten la cólera de todos los dioses, cuyo poder se insulta aquí. Haced la guerra porque Sp. Postumio ha golpeado con la rodilla á un facial, enviado vuestro. Si, los dioses creeran que Postumio es ciudadano samnita y no ciudadano romano; que un samnita ha ofendido al legado de Roma, y que por tanto nos hacéis legitimamente la guerra. ¡Y no causa vergüenza burlarse tan abiertamente de la religión! ¡Y son ancianos varones consulares los que, para faltar á su palabra, buscan astucias dignas de niños! Avanza lictor, quita las ligaduras á esos romanos; que no se impida á ninguno de ellos marchar adonde quiera. Después de satisfacer de esta manera los romanos á lo que personalmente debían, quizás también á lo que debían á la nación, volvieron incólumes á su campamento.

Cuando los samnitas vieron renacer, en vez de una paz soberbia, una guerra encarnizada, no solamente se presentó á su espíritu, sino que vieron por sus ojos cuanto había de sucederles. Entonces, pero demasiado tarde ya, reconocieron la prudencia de los consejos del viejo Poncio, conociendo que al buscar el medio en el estrecho espacio que les dejaban aquellos dos consejos, habían cambiado una victoria segura por una paz incierta, y que habiendo perdido la ocasión de hacer el bien ó el daño, tendrían que combatir con aquellos mismos nombres de los que pudieron desembarazarse ó hacerse amigos. Aunque ningún combate había inclinado todavía la balanza de un lado ni de otro, de tal manera había cambiado la disposición de los ánimos desde la paz de Caudio, que Postumio brillaba más entre los romanos por su abnegación que Poncio entre los samnitas por una victoria incruenta; y que los romanos consideraban ya como victoria cierta la posibilidad de hacer la guerra, mientras que los samnitas se contaban ven-

cidos desde el momento en que los romanos comenzaron las hostilidades. Entretanto, los satricanos se pasaron á los samnitas, y la colonia de Fregelas, á la que bruscamente se dirigieron éstos con los satricanos, según parece averiguado, fué sorprendida durante la noche. Desde aquel instante hasta el día, mutuo temor retuvo á los dos bandos en la inacción. El regreso de la luz fué la señal del combate: los fregelanos, que combatían por sus templos y sus hogares, y á los que ayudaba el resto de la población desde los techos, sostuvieron por algún tiempo el combate con igual ventaja; pero una astucia hizo inclinar la balanza; un pregonero gritó, y lo soportaron: «Que se perdonaría á los que depusiesen las armas.» Esta esperanza enfrió el valor de los combatientes, y por todas partes comenzaron á arrojar las armas. Los más obstinados se abrieron paso por la puerta opuesta con hierro en mano, dándoles mejor resultado su audacia que á los otros el miedo que les hizo tan imprudentemente crédulos: los samnitas los quemaron, mientras invocaban inútilmente á los dioses y la fe de las promesas. Habiéndose repartido las provincias los cónsules, Papirio marchó directamente á Luceria, en la Apulia, donde se guardaba á los caballeros romanos que se dieron como rehenes en Caudio. Publilio se detuvo en Samnio ante las legiones de las Horcas Caudinas. Este plan puso en grave aprieto á los samnitas, que no se atrevían á dirigirse á Luceria por temor de que el enemigo les atacase por la espalda, ni á quedarse allí por miedo á que los romanos tuviesen tiempo para arrebatárselos Luceria. Parecióles lo mejor entregarse á la casualidad y concluir con Publilio librando batalla, por lo que ordenaron el ejército para el combate.

Antes de venir á las manos, creyendo oportuno Publilio dirigir la palabra á los soldados, mandó reunirles.